

lo estimo más que suficiente para conferir a su autor el título de doctor en jurisprudencia.

Me honro al suscribirme de Su Señoría muy atento servidor y amigo adicto,

ALBERTO SUAREZ MURILLO

Ampare siempre la Bordadita, con su maternal misericordia al nuevo doctor. Bien sabe él que al ausentarse del Colegio, deja aquí amigos fieles que no lo olvidarán jamás, y que en todo tiempo debe considerar los claustros del Rosario y la casa rectoral como su propia casa.

## EL NOVENARIO DE ANIMAS

La iglesia principal de mi pueblo (la parroquia, como la llaman sus feligreses) es gótica, muy semejante a Santa María del Pino de Barcelona. Menos pura que la de ésta su arquitectura, y más pobre de detalles, es, sin embargo, aquel templo, más alto y largo, y también como Santa María del Pino, de una sola nave; una nave de aquellas que, por su costillaje delgado y bien soldado y por el gracioso arqueamiento del ábside, recuerda la cáscara de los antiguos bajeles, y cada vez que la miro me hace soñar con la posibilidad de volcarla y verla suacar los mares como desarbolado navío.

¡Lástima que generaciones posteriores a las que fabricaron esta nave, trastornadas por las aberraciones de la moda, tuviesen el mal gusto de poblar aquel interior de altares barrocos tan retorcidos y dorados, para llenarlos luégo de imágenes, las más bien poco edificantes por sus posturas danzarinas, la gordura y rubicundez de sus carnes y lo exagerado de sus ropajes

hinchados y azotados por un viento que, a Dios gracias, nunca reinaba allí!

Donde sí soplabá, y muy recio, era fué, en la plazuela de enfrente. Sobre todo en noviembre, aquellas noches en que íbamos al novenario de ánimas, ¡qué modo de soplar, de maullar, de mugir! Todavía recuerdo con escalofríos, cómo al atravesar la plazuela me agarraba del brazo cariñoso de mi madre, y cómo me envolvía la cabeza por detrás hasta la gorra y por delante hasta los ojos, con la bufanda, una bufanda de rizo listado de colores charros que me parecían un prodigio de elegancia.

Yo tendría entonces diez u once años, y no pecaba de valiente sino con la lengua. Por esto, cuando después de una hora de vela aprendiéndome de memoria el *musa musae* y los nombres enrevesados de la geografía septentrional, a la luz de un velón que no me cansaba de despabilar mientras masticaba distraídamente aquellos nombres, me llamaban para ir al novenario, ¡con qué gusto me habría negado a salir! Rato há que el viento muge en la calle como fiera hambrienta, y que el trepidar de ciertas puertas me había sobresaltado; pero por fin, el ro-ró de los libros me rendía, y con las manos en la faltriquera y reducido el cuerpo a la mitad de su volumen por el frío y el temor, acababa por adormitarme. En esta situación y cuando el calorcillo del sueño comenzaba a reaccionarme, me llamaban.

¡Levantáos y salid con aquel estruendo que el viento movía en la calle! Pero hubieran dicho que yo no era hombre, y yo no consentía este insulto. Al oír que me llamaban, saltaba todo de una pieza de la silla sin apartar de los bolsillos las manos, recobraba instintivamente el tino, metíame el jaique, me arrollaba al cuello aquel portento de tapabocas, y, ya del todo des-

pabilado, bajaba saltando las escaleras a reunirme con mi madre y mis tías. El cancel retiñía tras de nosotros hasta dar con furia contra su marco *raboteando* con el golpe al largo bramido del viento que huía gimiendo escalera arriba.

Y llegábamos a la calle. Estaba oscuro; todos los talleres cerrados: pero por las rendijas de sus puertas escapaban rayos de luz, esquejes de canturrias apagados y melancólicos rumores de industria.

Con las manos en la cabeza para sujetarnos los abrigos, emprendíamos la marcha. El viento nos empujaba, cubría de polvo y broza, y nos hacía tropezar. ¡La boca bien tapada y... adelante! Pocas, bien pocas eran las gentes que hallábamos al paso, todas hechas unos cocos, sosteniendo igual lucha que nosotros, desplegando igual valor. ¡Adelante, adelante! Las campanas doblaban a muerto. Nosotros avanzábamos hacia ellas, y aquellos badajazos ya nos ensordecían como si cayesen junto a nosotros, ya sonaban tristes y afelpados a una legua de distancia.

Tomábamos por la primera travesía, angosta y negra como boca de lobo. A primera vista, nada. Luégo, un bulto informe que pasaba rozando y tambaleándose, medio ciego por la broza que llevaba en los ojos. Después, algún perro que olfateando pestilente basura nos tropezaba hasta que un golpe o pisotón le ponía en fuga, el rabo entre las piernas sin atreverse a chillar, avergonzado de su strafalaria gula. En seguida llegábamos a la calle Mayor.

La luz del gas portátil, infeliz precursor del petróleo, comenzaba por aquellos días a fachendear en los cafés y tiendas de aquella calle. Su claridad me dilatava el corazón. Allí dábamos ya con mucha gente que se dirigía a la iglesia, bregando como nosotros con el viento

y la polvareda que, blanqueada por la refracción, parecía más espesa y abundante.

Mas ya llegábamos delante de la iglesia y allí era el padecer. Enfilaban aquella plazuela cuatro calles cuyos vientos contrarios las acometían furiosamente contra nosotros, arrollándonos en sus torbellinos y regolfos como a la hojarasca que a nuestros pies silbaba bailando la rueda. Inclínados hacia adelante unas veces, otras hacia atrás, las valonas enhiestas sobre el pescuezo como pechinas, tremolando sin parar, paños y faldas pegándonos a las piernas, haciéndonos traveta, envuelta la cabeza como las manos, la diestra encima disputando la posesión de gorras y sombreros, ora embistiendo al desgaire, ora de espalda, ya cara a cara, rompíamos al enemigo entre polvareda, gritos, risotadas y gresca, hasta ganar el umbral del templo.

Pero el atrio estaba oscurísimo. Cansados de la refriega, nos deteníamos allí un rato para reponernos y soltar los abrigos. Mas era tanta la gente que iba llegando, y tal la arremolinaba el desorden del combate, que en breve burbujaba allí con el hervor del agua de pronto detenida en un hoyo. Y como que todos los presentes eran más altos que yo, mi camino dentro de tan apretada corriente era como entre dos aguas.

La resaca me arrastraba, y allá iba yo, bregando en aquellas aperturas y ansias, por arrancarme la gorra y la preciosa bufanda que me estaba ahogando.

Por fin respiraba. Al llegar al linde de la compuerta, la corriente fluía con rapidez, regolfaba aún un momento al derredor de las pilas y pronto se desparramaba por doquiera.

\* \* \*

La amarillenta luz de la greñuda hacha que ardía en gótico candelabro de hierro junto a la pila de debajo del coro nos deslumbraba. Y este deslumbramiento

nos trastornaba la noción de las dimensiones, falsificaba la calidad y distancia de los cuerpos. Así al primer golpe la impresión era caótica: las oscuridades que se mecían en la atmósfera me lo desdibujaban todo; la iglesia todo era como un gran depósito de humo, esmaltado a ambos lados de lucesitas aparejadas que iban a unirse allá, en el fondo, con esplendente boca de horno y las mariposas de luz que aleteaban en torno de él.

Si el concurso rezaba el rosario, su murmullo ronco y respondón aumentaba en mi espíritu por modo misterioso aquel sentimiento de vaguedad caótica y tristísima. Era, en conjunto, como una sola voz muy honda y plañidera que, sin gritar, llenaba todo el espacio, vaga resonancia de una caja armónica, tumultuosa plegaria que al elevarse perezosamente hacia el cielo perdíase muy pronto en las nebulosidades del oscuro caos. Sin que mi madre me lo previniera, yo había caído ya de rodillas para santiguarme.

Al levantarme con el pecho oprimido de emoción, empezaba a sortear el tortuoso sendero que nos abríamos entre el negro sembrado de mujeres arrodilladas. Estas, que se contaban por millares, cubrían todo el suelo, divididas en tres grandes secciones por dos hileras de bancos que, arrancando del pie del presbiterio, llegaban hasta las pilas del agua bendita. Ancianos y niños ocupaban esos bancos; los demás hombres permanecían de pie en apretadas columnas, arrimados al respaldo. Y el conjunto de toda aquella multitud, las mujeres con mantilla o capuchón, los hombres con la cabeza hundida en los abrigos, era también como una masa negra que no podía atravesarse más que a tientas y a riesgo de atropellar a alguien.

Mas, poquito a poco, la retina se hacía con aquella luz especial, la realidad iba tomando cuerpo y perfiles.

Entonces era cuando mis ojos empezaban a distinguir los tapices que detrás de los aparejados blandones pendían de los pilares laterales. Eran aquellos de colores desmayados, pintados al temple, probablemente a principios de este siglo, y cada uno de ellos contenía una o más figuras simbolizando vicios o pasiones humanas y la muerte atisbando.

El pueblo, veía por tradición en cada uno de ellos, convecinos ya difuntos que citaba por sus nombres.—Aquí, un notario falsificando un testamento; la muerte a punto de acogotarlo.—Era el notario Tal.—Más allá, una dama muy peripuesta contemplándose con deleite en el espejo; en el fondo de éste, la muerte sonriendo con sarcasmo aterrador.—Era doña Fulana, la del Castillo.

El recuerdo de estos tapices, luégo me producía escalofríos, y los espejos de casa me infundían, de noche, cierto pavor.

Seguía avanzando, y en otro tapiz veía al avaro probando inutilmente a escapar con la repleta bolsa entre las uñas. Los descarnados dedos de un esqueleto le agarraban por la espalda, le arrancaban de las manos el idolatrado tesoro. En otro lienzo, un esqueleto que andaba con muletas diciendo a un guerrero que huía de él a uña de caballo:

«Repara que si coixera  
Mo obligo al pas de tortuga,  
No hicha que alcançar no puga  
En ma imparable carrera.»

El ronco murmullo del rosario seguía, en tanto, aumentando la tristeza en mi espíritu. Y si lanzaba la mirada a los resplandores del presbiterio, tanto más vívidos cuanto más cercanos, mis ojos no paraban de descubrir nuevos *mementos* de la muerte.

Altas pirámides a uno y otro lado, coronadas de humeantes flámulas, inscripciones funerarias, calaveras

sobre una cruz de fémures.... y, en medio del altar, aquella boca de horno, llena de reyes, de papas, de obispos, de simples mortales, ardiendo todos en horribles llamaradas!

El coro, desde la tribuna, cantaba en tono lastimero:

«A las ánimas oíu  
Que cridan ¡ay, ¡quin dolor!»

Así llegábamos, por fin, a la capilla de Santa Filomena, la capilla predilecta de mi familia.

Ganábamos los dos peldaños tropezando con las mujeres en ellos sentadas, y yo corría a sentarme en un banco sumergido en la oscuridad, deseoso de recogerme, de sustraerme a tanta tristeza. Pero ni aun allí, porque si levantaba los ojos, tropezaba en seguida con otro aspecto de la muerte. *El cuerpo santo* de la mártir yacía allí, sobre el altar, dentro de espléndida urna de cristal.

Acorralado así por esa continua representación de la muerte, oprimido mi corazón de muchacho por tanto *memento* funeral, apoderábase de mí una obsesión: la muerte, la muerte, la muerte! y aparecíanme a la memoria todos los difuntos queridos.

Mi cariñoso abuelo, mi hermanito, una criada antigua, a quienes había visto difuntos, reaparecían a mis ojos tendidos en negros túmulos, amarilla la faz como la cera, los ojos hundidos, los zapatos verticales, el cuerpo petrificado en la inmovilidad del sueño eterno.

¡Qué angustia la mía! Amilanado y lloroso, rezaba por ellos hasta que mi naturaleza de niño quedaba rendida por la monotonía de aquella tristísima emoción. Mis nervios todos cedían, empezaba a pesarme la cabeza hasta caérseme inclinada sobre el hombro, y cuando el predicador se disponía a describirnos el demonio y sus persecuciones, yo me dormía.

Y ¡fenómeno raro! Si soñaba, allí, en aquel banco duro y en aquella postura tan incómoda, soñaba sin pesadumbres. Mi abuelo, mi hermanito, mis amiguitos de colegio muertos, resucitaban sanos y alegres, y, como en sus mejores días, acudían gozosos a alegrar el espléndido jardín de mis candorosas ilusiones. Yo los veía y tocaba, hablaba con ellos sin presentimiento ni recuerdo de la muerte, mientras que si soñaba en la cama, toda aquella *macabrería* del rito, tomaba en las falsas visiones del cerebelo forma corpórea y me producía horribles congojas.

¡Quién me dijera entonces que todos aquellos terrores y tristezas un día tendrían para mí la dulzura inefable de una poesía que me rejuvenece!

NARCISO OLER

---

## OBRAS COMPLETAS DE DON MIGUEL A. CARO.

TOMO IV

I

La fecunda labor de los diligentes e infatigables editores de este gran monumento nacional, don Víctor Caro y don Antonio Gómez Restrepo, acaba de engalanar las letras patrias con el cuarto tomo de los trabajos del insigne escritor y eminente hombre de estado, don Miguel A. Caro, que viene precedido de un hermoso prólogo de don Antonio Rubio y Luch.

En este volumen terminan los *Estudios literarios* y principian los *filológicos* y *gramaticales* con la *Sintaxis* de la clásica gramática latina de M. A. Caro y R. J. Cuervo tan encomiada por la Academia española, cuya primera parte, la *Analogía*, es obra del segundo y la